



CARACAS
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1958
AÑO 21 - NO. 208

El domingo 7 de septiembre asistió Venezuela a un nuevo brote sedicioso cívico-militar, que en menos de seis horas —de 3 a 8.30 a. m.— quedó debelado por la repulsa de las propias Fuerzas Armadas de la capital y de la República. Sin embargo, la agitación popular, que surgió como reacción inmediata, duró todo el domingo; y la huelga general la completó con dos días de asueto forzoso hasta la noche del lunes 8 de septiembre.

La prensa, la radio y la televisión han filosofado largamente durante el íntegro mes de septiembre sobre el significado y las lecciones de la fracasada intentona militar. El General López Contreras, el doctor Rafael Caldera, Monseñor Luis E. Henríquez y el Director de "La Religión", Pbro. Hernández Chapellín —además de la flor y nata de los columnistas de la prensa capitalina y provincial— han tratado de exprimir las enseñanzas de la sangrienta jornada, donde se derramó a deshora, por imprudencias de los impacientes y de los oportunistas, sangre generosa del pueblo venezolano.

La distancia de los hechos nos hace posible hoy la visión panorámica e imparcial de los sucesos y nos permite sintetizar con severidad, que supera tal vez a cuantos nos han precedido, las lecciones de la desventurada jornada del 7 de septiembre.

La primera y más contundente enseñanza es que el pueblo venezolano rechaza airadamente lo que viene calificándose con el neologismo de "golpismo". El golpismo no es un fenómeno exclusivamente venezolano. Se trata simplemente de los reflujos de toda marea dictatorial, que han conocido Argentina, después de Perón, Colombia y otras naciones de la América Latina. En Venezuela tiene un antecedente funesto en el fácil éxito del golpe militar, que derribó al bondadoso y desprevenido General Medina en 1945; golpe, que capitalizó Acción Democrática —hoy tan exarcebadamente antigolpista— para hacernos conocer su dictadura partidista de tres años, con una secuela de diez años más de egemonía militar a través de Delgado Chalbaud, Pérez Jiménez y una élite militarista, que elevó a tesis el destino gobernante de las Fuerzas Armadas en Venezuela. La verdad es que hoy el pueblo venezolano tiene ansia de probar la vida constitucional y democrática, de votar libremente, de discutir en el Parlamento los procederes del Ejecutivo, de hablar, de escribir sin reticencias, y aun de vociferar en las contiendas partidistas. Podrá defenderse que la Dictadura es necesaria en graves crisis de un país: la guerra, la bancarrota económica o la anarquía. Pero Venezuela niega la existencia actual de semejante crisis; quiere probar que está maduro para un régimen democrático y nadie podría imponerle hoy un régimen de fuerza sin acudir a métodos tiránicos, que habrían de alcanzar formas de represión mucho más terribles de cuantos hemos conocido en una larga serie de dictaduras.

GOLPISMO, HUELGA Y DESORIENTACION

El desatino del golpe, y es la segunda enseñanza, pueden mensurarlo sus patrocinadores por la oportunidad ventajista, proporcionada incautamente a los sectores marxistas del país y particularmente al partido comunista. Los marxistas se sienten felices y satisfechos del golpe y venían con gran complacencia su repetición intermitente; se proclaman responsables de haberlo hecho fracasar,

cuando en realidad sólo fué debelado por la repulsa de las propias Fuerzas Armadas. Se precian de haber anunciado el suceso; de haber dicho la verdad, cuando todos la conocían y evadían reconocerla. El golpe ha dado a los comunistas la oportunidad de proclamarse guardianes de la institucionalidad; policías secretos del antigolpismo; abanderados del nacionalismo; y hasta albaceas de la verdad. Todos conocemos esa farsa; ya que para el comunismo no hay más patria que el mundo; y el golpe, la revolución, o la mentira "son buenos cuando son útiles para la causa del partido". Mientras tanto en medio de la polvareda del golpismo surge un hecho gravísimo: se habla de armar al pueblo, y "pueblo" es una expresión muy genérica que lo mismo abarca a los hombres honestos de un país que a los malvados, a los malechores y a los degenerados; grupos de franco-tiradores abalean el Palacio Blanco; se entregan fusiles a los estudiantes; ciertos partidos hablan de milicias armadas; y jóvenes imberbes, llenos de petulancia e irresponsabilidad, ostentan desafiantes su pistolón. Se desquicia el ejército con sucesivas depuraciones antigolpistas; y se trata de suplantarle con milicianos armados. El hecho es gravísimo y tenemos la impresión de que se elude estudiarlo a fondo. Es criminal el propósito de sublevar un cuartel. No es menos criminal el propósito de armar al pueblo. Es el camino de la guerra civil. No olvidemos el ejemplo de España.

La tercera lección práctica del 7 de septiembre es que las Fuerzas Armadas, las fuerzas económicas, las fuerzas estudiantiles y hasta las fuerzas obreras de la nación encuentran débil y vacilante la actitud del actual gobierno de facto. Los unos protestan contra el irrespeto a las fuerzas armadas; los otros, de la irresponsabilidad de las masas en el trabajo y la falta de sanción en los brotes de anarquía; muchos, por la lenidad en la represión de los golpistas; todos, por la ausencia de autoridad en los momentos culminantes de las crisis que vamos padeciendo. El día 7 de septiembre, sojuzgada la revuelta a las 8.30 de la mañana, nadie mandaba en el Palacio Blanco; la confusión y el desconcierto eran completos; el pueblo atacaba un enemigo imaginario. Alguien afirmó que en aquel momento un sargento cualquiera, un Fulgencio Batista, un autoritario de vocación hubiera podido controlar el poder. Se esperaba ansiosamente a Larrzábal; y el Jefe del Gobierno, que tenía anticipado conocimiento de la revuelta, se hallaba en el Oriente y tardó doce horas en llegar a la capital.

Otras dos enseñanzas se refieren a la Junta Patriótica y a los partidos políticos. La Junta Patriótica llegó tarde a dar muestras de vida y fué desbordada por el Comité Sindical Unificado. Los que venían formulando que la hora de la Junta Patriótica ya pasó y que sólo intereses de orden económico prolongan su agonía, quedaron confirmados en su aserto en la mañana del 7 de septiembre.

Hay asimismo un bronco clamor popular contra las demoras de los partidos políticos en la designación del candidato presidencial. Sus interminables cabildeos, mesas redondas, propuestas, contraréplicas, zancadillas y egoísmos durante largos meses de deliberación en torno a un solo problema, hacen sospechar de su ineficacia para resolver "en común", no uno, sino los infinitos problemas que supone el gobierno de una nación. La cacareada unión se resquebraja o delicúa. Muy raro jefe de partido fué escuchado con general simpatía en sus alocuciones del 7 de septiembre.

Como última y, a nuestro entender, fatal consecuencia, resultó que el Comité Sindical Unificado asumió el poder en Venezuela, e impuso su voluntad a la nación durante dos días consecutivos. Declaraciones posteriores de algunos líderes políticos demuestran que el Comité Sindical Unificado, sin contar con la Junta Patriótica, sin consultar previamente a los partidos políticos ni a las fuerzas económicas del país y, por supuesto, sin contar con la Junta de Gobierno, decretó e impuso en la mañana del 7 de septiembre una huelga general indefinida.

Antes de entrar en la crítica de este hecho gravísimo, reconozcamos, a fuer de justos a ultranza y sinceros sin temor, que el Comité Sindical Unificado —sin valorar de momento ciertos brotes de anarquía en El Tigre, Lagunillas y otras poblaciones obreras —ejerció su mando con relativa moderación. Lo que demuestra que en los comandos sindicales no predominan aún los comunistas.

sino viejos luchadores de Acción Democrática, que tras la agitada vida de mando y destierro han regresado a los sindicatos con consignas de moderación. Colaboran en este sentido valiosos elementos juveniles de otros partidos. Durante dos días la nación ha estado a merced de las masas obreras y los desmanes, saqueos y actos de anarquía han sido esporádicos.

Sin embargo, la gravedad no estriba en los hechos concretos, sino en el mismo paso fundamental y primario; el pueblo en algunas partes; los estudiantes en otras; y el Comité Sindical en toda la nación se alzó con el poder ejecutivo.

LA HUELGA: JUGUETE PELIGROSO.

La huelga no es un juguete para entregarlo en manos de niños irresponsables y traviesos. La huelga es un último esfuerzo heroico y peligroso muchas veces —que utilizan las organizaciones patronales u obreras para defender sus intereses profesionales. Es doctrina general que no debe utilizarse sino con gran parsimonia y en los casos en que se hayan agotado todos los medios de conciliación y arbitraje. Concretamente la huelga política está terminantemente prohibida en muchas legislaciones laborales, como lo está también la ingerencia de los sindicatos en asuntos políticos. Particularmente graves, y consiguientemente vedadas por las leyes se consideran las huelgas de empleados públicos; y las de los trabajadores de servicios elementales para la vida pública: luz, teléfonos, alimentos, higiene.

Sin embargo, los sociólogos católicos admiten que una huelga puede ser justa si se cumplen estas cuatro condiciones: que lo que se reclama sea justo; que se agoten los medios de conciliación y arbitraje; que haya probabilidades de éxito; y que no se cometan actos de sabotaje y de violencia injusta.

Cuanto se diga de la gravedad genérica de la huelga, tiene aplicación agravada cuando se trata de la huelga general.

¿CONTRA QUIEN SE DECLARO LA HUELGA GENERAL?

Embriagados por el éxito de la huelga general del 23 de Julio, tal vez los dirigentes sindicales no meditaron mucho contra quién declaraban la huelga. Era evidente: contra los golpistas. Pero en julio amenazaba, era inminente, un golpe. En septiembre a las 8.30 a. m. estaba debelado el golpe. Pero tal vez el Comité Sindical y el pueblo lo ignoraban; y aun cuando por la voz del Comandante de la policía caraqueña quedaron informados del hecho, querían demostrar a los golpistas de retaguardia, que fundadamente suponían simpatizar con los fracasados Moncada y Mendoza, que el pueblo enteró de Caracas y Venezuela repudiaba la revuelta y estaba dispuesto a una gigantesca batalla civil y aun armada.

Pero cuando en la tarde del domingo habló el Jefe del Gobierno y ordenó el regreso a la normalidad, el Comité Sindical Unificado ordenó la prolongación indefinida de la huelga, hasta obtener el castigo ejemplar de los complicados en la asonada militar. Si en la primera fase la huelga hubiera podido considerarse justa, como expresión popular de repudio contra un posible retorno a la dictadura, en su segunda fase era totalmente política; y su dirección y orientación correspondía a los partidos políticos. La huelga era directamente contra o frente al Gobierno, al que se le quería imponer una determinada línea de conducta.

El Gobierno —siempre complaciente— hubo de plegarse a la voluntad del Comité Sindical. Precisó la forma severísima en que se castigaría a los culpables, y, sólo entonces, en el Palacio Blanco, tras la declaración solemne del Presidente y de sus Ministros, leyó el Presidente del Comité Sindical el decreto de terminación de la huelga. Muchos asistentes al acto y muchísimos espectadores de la televisión estaban abochornados ante aquel espectáculo de tremenda significación. Podían cantar victoria los comunistas. Ahí estaban, para usar su terminología, "los obreros, estudiantes y campesinos, dictando leyes al Ejecutivo Nacional". ¿Es que vamos a marchas forzadas a la dictadura sindical de Bolivia o

a la dictadura del partido que padecen los Estados comunistas?

Sabemos que no todos los líderes políticos ni todos los miembros de la Junta Patriótica han visto con simpatía la actuación del Comité Sindical Unificado. Pero en último análisis son ellos los responsables de este giro final de los acontecimientos. El mal está en la forma misma de la constitución del Comité Sindical con explícito reconocimiento de que se hace a base de representantes de los diversos partidos. Con ello se lesionan abiertamente el artículo 166 y 199 de la vigente Ley del Trabajo. Por definición el sindicato sólo tiene por fin la defensa de los intereses profesionales de los trabajadores. Pero cediendo a una consigna marxista, se ha querido hacer de la fuerza sindical una fuerza política, que pronto monopolizará un determinado partido. Se ha logrado un nuevo organismo político, aunque está en pañales el organismo sindical.

EL EXITO DE LA HUELGA

El Comité Sindical Unificado logró un paro nacional prácticamente perfecto. ¿Tal vez en virtud de su potencia sindical? Sería uno de los espejismos a que pudieran dar ocasión los sucesos del 7 de septiembre. Si —como se viene diciendo— sólo un 40% de los venezolanos está inscrito en partidos políticos, podemos asegurar que no llegan al 40% los trabajadores venezolanos inscritos en sindicatos. De ellos no todos reconocen la dirección del Comité Unificado. De los sindicatos —sirvan de ejemplo los petroleros— un 80% no asisten a las asambleas y tienen un concepto peyorativo de sus líderes, en quienes advierten una servil supeditación a los partidos políticos, y escasos escrúpulos en el manejo de los fondos sindicales.

Algunos articulistas han ofrecido al mundo y sobre todo a la América, como un caso de ejemplar solidaridad sindicalista, la huelga del 7 de septiembre. La verdad es que al hecho prodigioso no responde una prodigiosa organización sindical. Nuestro sindicalismo es de ayer, viciado desde su nacimiento por el comején de la política y en ninguna manera comparable con el de Estados Unidos, Méjico, Cuba, Chile o Canadá. La huelga fué un éxito por motivos ajenos al espíritu sindical. Concretamente, porque garantizaba un día de descanso remunerado y porque perseguía un ideal político con el que sintonizaba toda la nación.

Muy pocos comentaristas han señalado con valor la gravedad fundamental de la huelga del 7-8 de septiembre. Su carácter político. Han insistido con plena razón en alguna de sus imperfecciones consecuenciales. La imprevisión sobre el sustento de muchas familias pobres, que viven al día. Unas horas de prolongación de la huelga hubiera provocado en algunos barrios caraqueños el asalto de las casas de abasto. Otros han acentuado la gravedad de 800 millones de pérdida para la economía nacional en un momento en que nos debatimos con la crisis producida por las deudas que dejó la Dictadura y agravada por las inquietudes revolucionarias. Más grave nos parece a nosotros la dejación de autoridad por parte del Ejecutivo. Por ese camino una protesta tumultuosa de barrio podrá tumbar un Gobernador; unos estudiantes armados podrán pedir la destitución del mismo Ministro que les concedió las armas; y el Comité Sindical Unificado podrá derribar un Gobierno. Y cuando se colme la medida de las complacencias demagógicas, cualquier gobierno tendrá que asumir actitudes, que serán tildadas de tiranía, y nuestras propias ingenuidades e impacencias habrán abierto el cauce de la dictadura.

Estamos sembrando vientos para cosechar tempestades.

M. A. E.